

Homilía en la Santa Misa del Miércoles de Ceniza
Parroquia de Santa Bárbara (Soria) – 9 de marzo de 2011

Muy queridos hermanos:

“Convertíos a Mí de todo corazón; rasgad los corazones y no las vestiduras; convertíos al Señor porque es compasivo y misericordioso” (Jl 2, 12-13). Éste es el anuncio principal del Miércoles de Ceniza con el que inauguramos el Santo Tiempo de la Cuaresma.

En este tiempo de gracia, la Iglesia -guiada por la Palabra de Dios- nos propone un programa de vida claro y exigente: la conversión desde la fe. Nuestra Madre, la Iglesia, nos invita a la conversión, a volvernos a Dios y a escucharle para que sepamos y podamos ser testigos de la Verdad y del Amor.

Se trata de una conversión que nace en el corazón; una conversión que es fruto de la misericordia de Dios *“que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva”* (Ez 18, 23) ¡Ésta es la Buena Noticia de la salvación que nos ha traído Jesucristo! Como anuncia San Pablo a los fieles de Corinto: *“ahora es el tiempo favorable, ahora es día de salvación”* (2 Co 5, 20) ¡Sí! Éste es el único mensaje de la Cuaresma: existe Alguien que verdaderamente me quiere, me ama, y es capaz de dar la vida por mí y así ganarme la salvación.

Al recibir la Ceniza sobre nuestras cabezas, estamos manifestando que aceptamos la llamada que el Señor nos hace a una verdadera conversión y a la fe en el Evangelio. *“Convertíos y creed en el Evangelio”* es el *“grito”* de la Cuaresma. Una conversión nacida desde la fe como gracia de Dios que nos abre la puerta del Corazón de Cristo; ese Cristo que tanto amó al mundo que, enviado por el Padre, se entregó por nosotros hasta la muerte (cfr. Jn 13)

Pero, hermanos, sabemos que el Señor no se conforma con las apariencias. Él quiere una conversión real y sincera, aquella que se origina en lo más profundo del corazón. Eso es lo que da sentido y valor a los signos penitenciales externos de este tiempo de gracia en el que se nos invita a ese auténtico y sincero cambio de mentalidad como respuesta sincera de fe. Jesús en persona nos lo dice: *“Cuidad de practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos”* (Mt 6, 1). En este juicio severo, Jesús muestra su respuesta a tanta hipocresía y a tanta apariencia reinantes en nuestra sociedad. Cristo Jesús quiere y espera que seamos verdaderos discípulos suyos, no que sólo lo parezcamos; desea que nos abramos a su Mensaje y transmitamos Vida, Verdad, Justicia, Paz,... en una palabra, Amor, es decir, a Él mismo pues, como afirma el propio Señor, *“en esto conocerán todos que sois discípulos míos”* (Jn 13, 35)

En este Miércoles, por otra parte, la Iglesia nos invita al ayuno y a la abstinencia. Se nos recuerda, una vez más, que somos *deportistas del amor*. En efecto, de la misma manera que un atleta necesita preparación, sacrificio, renuncia, etc. para así resultar vencedor en la alta competición, nosotros también tenemos un torneo particular. Lo curioso, tal y como nos recuerda Jesús en el Evangelio, es que los frutos de nuestro entrenamiento hay que ponerlos en práctica, no delante de los hombres para que nos aplaudan o se admiren de nuestra *“musculatura”* interior, sino que el único que ha de saber de nuestros esfuerzos es el mismo Dios.

Vamos a recorrer juntos, queridos hermanos, cuarenta días en los que iremos descubriendo lo más entrañable del Misterio cristiano: un Dios hecho carne que va a entregarse, día a día, por cada uno de nosotros. Aquello que más nos duele, lo que a veces nos resulta insoportable, el dolor que parece que nunca nos abandona, la traición que hemos podido sufrir o la incompreensión que nos agobia en el corazón... todo eso, y mucho más, es lo que vamos a contemplar en la vida, en las palabras y, sobre todo, en el rostro amabilísimo de un Jesús que sale a nuestro encuentro y nos dice: ¡ánimo! y nos recuerda: “*Yo he vencido al mundo*” (Jn 16, 33)

Ojala que este Miércoles de Ceniza -y toda esta Cuaresma del 2011- que nuestro buen Padre Dios nos regala no sean una rutina, una costumbre vacía, una Cuaresma más en nuestra vida que pasa *sin pena ni gloria*. Intentemos que sea de verdad una auténtica preparación para la Pascua, un verdadero tiempo de conversión en el que demos muerte a todo lo que hay en nosotros de pecado y de caduco, para resucitar con Cristo a una vida nueva, vivida desde la fe, sembrando sus frutos en nuestro entorno familiar y social.

Que la Virgen Madre, que permaneció firme ante el Misterio de la Cruz, nos ayude a preparar nuestro corazón para cargar nuestras cruces de cada día unidos a Cristo, el Señor, el Dios-Amor entregado por nuestra salvación, Vencedor de la muerte y del pecado. Amén.